

Pleno Verano

1. De sacerdotes y piratas

Kennit paseaba por la línea de la marea alta, sin prestar atención a las olas de sal que le rodeaban las botas para borrar a lengüetazos sus huellas de la playa arenosa. Mantenía la vista fija en la desordenada línea de algas, conchas y nudos de madera de deriva que señalaban el alcance del agua. La marea acababa de empezar a cambiar, las olas se quedaban cada vez más cortas en su implorante caricia sobre la tierra. Al retirarse el agua salobre por la arena negra, desnudaría las desgastadas muelas de esquisto y las marañas de quelpo que se ocultaban ahora bajo las olas.

En la otra punta de la Isla de los Otros, su buque de dos palos aguardaba anclado en la Ensenada del Engaño. Había traído a puerto la *Marietta* cuando los vientos de la mañana despejaban el cielo de los últimos restos de la tormenta. La marea todavía estaba subiendo entonces, las afiladas rocas de la célebre ensenada desaparecían a regañadientes bajo una espumosa celosía de color verde. La lancha del barco había sorteado, rascando, las rocas cubiertas de percebes para depositarlos a Gankis y a él en la orilla, en una diminuta uña de arena negra que desapareció por completo cuando los vientos de tormenta empujaron las olas más allá de las marcas de la marea alta. Sobre su cabeza se cernían los acantilados de pizarra, y unos árboles perennes tan oscuros que casi parecían negros se asomaban en precario equilibrio, desafiando al viento imperante. Aún para los nervios de hierro de Kennit, fue como introducirse en la boca entreabierta de una criatura.

Habían dejado a Ópalo, el grumete de la nave, encargado de proteger la lancha de los misteriosos infortunios que tan a menudo se abaten sobre las embarcaciones sin vigilancia en la Ensenada del Engaño. Para intranquilidad del muchacho, Kennit había ordenado a Gankis que lo acompañara, dejando así solos la barca y al chico. La última vez que lo vio Kennit, el muchacho estaba perchado en el casco varado. Su mirada alternaba entre atemorizados vistazos dirigidos por encima del hombro a las boscosas cimas de los acantilados y ansioso escrutinios hacia donde la *Marietta* peleaba con sus anclas, ansiosa por unirse a la vertiginosa corriente que pasaba junto a la boca de la ensenada.

Los peligros que entrañaba el visitar esta isla eran legendarios. No se trataba tan solo de la hostilidad de, aún, el «mejor» anclaje en la isla, ni de los extraños accidentes que solían sufrir las naves y los visitantes por igual. La isla entera

estaba envuelta en la peculiar magia de los Otros. Kennit había sentido cómo tiraba de él mientras seguía el sendero que comunicaba la Ensenada del Engaño con la Playa del Tesoro. Para tratarse de un camino poco transitado, su grava negra estaba milagrosamente limpia de hojas caídas o plantas intrusas. A su alrededor, los árboles dejaban caer la lluvia de segunda mano de la tormenta de la noche anterior sobre frondas de helechos cargadas ya de gotas de cristal. El aire era frío y vivo. Flores de brillantes colores, creciendo siempre al menos a la altura de una persona de distancia del sendero, desafiaban la penumbra del ensombrecido lecho del bosque. Sus fragancias flotaban tentadoramente en el aire de la mañana como si invitaran a los hombres a desistir de cualquier empresa y explorar su mundo. De aspecto menos saludable eran los hongos naranjas que se escalonaban en los troncos de muchos de los árboles. La asombrosa brillantez de su color le indicaba a Kennit hambrientos parásitos. Una tela de araña, tachonada al igual que los helechos de delicadas gotas de agua rutilante, se atravesó en su camino y los obligó a agacharse para pasar por debajo. La araña que acechaba en los bordes de sus hebras era tan naranja como los hongos, y casi tan grande como el puño de un bebé. Una rana arbórea verde estaba atrapada y se debatía en los pegajosos hilos de la tela, pero la araña no mostraba ningún interés. Gankis emitió un ruidito de consternación cuando se agazapó para pasar por debajo.

Este camino atravesaba directamente el reino de los Otros. Aquí era donde un hombre podía cruzar los nebulosos contornos de su territorio, siempre y cuando osara abandonar el sendero bien marcado reservado para los humanos y se adentrara en el bosque para buscarlos. En tiempos pasados, rezan las historias, los héroes acudían aquí no para seguir el camino, sino para abandonarlo deliberadamente, para desafiar a los Otros en sus guaridas y buscar la sabiduría de su diosa aprisionada en una cueva, o exigir dones tales como capas de invisibilidad y espadas envueltas en llamas que eran capaces de traspasar cualquier escudo. Los bardos que han tenido el valor de aventurarse por este camino habían vuelto a sus tierras de origen con voces capaces de romper los tímpanos de una persona con su poder, o de derretir el corazón de quien las oyera con su habilidad. Por todos era sabido el relato de Kaven Rizos de Cuervo, que vivió con los Otros durante cincuenta años y regresó como si solo hubiera pasado un día para él, aunque con el cabello del color del oro y los ojos como ascuas al rojo, y apasionadas canciones que desgranaban el futuro en rimas enrevesadas. Kennit soltó un suave bufido para sí. Todo el mundo había oído esas viejas historias, pero si había habido alguien que osara salirse del sendero en tiempos de Kennit, no se lo había contado a nadie. Quizá no hubiera vuelto nunca para jactarse de ello. El pirata expulsó esas ideas de su cabeza. No había venido a la isla para abandonar el camino, sino para seguirlo hasta el final. Y todos sabían también lo que aguardaba allí.

Kennit había seguido el sendero de grava que discurría entre las colinas boscosas del interior de la isla, hasta que su sinuoso descenso los vertió en una meseta tupida de hierba que enmarcaba la amplia curva de una playa abierta. Esta era la orilla opuesta de la diminuta isla. Las leyendas predecían que cualquier

barco que anclara aquí tendría solo el más allá como siguiente puerto de escala. Kennit no había encontrado archivo alguno sobre ninguna nave que se hubiera atrevido a poner a prueba ese rumor. Si alguna lo había hecho, su osadía se había ido al infierno con ella.

El cielo era de un límpido azul despejado de nubes por la tormenta de la noche anterior. La larga curva de la playa de roca y arena se interrumpía únicamente por un arroyo de agua clara que se abría paso a través de la elevada orilla de hierba que apuntalaba la playa. El riachuelo serpeaba por la arena para ser devorado por el mar. A lo lejos se alzaban acantilados más altos de esquisto negro, comarcando el extremo más alejado de la playa en forma de uña. Una puntiaguda torre de esquisto señoreaba al margen de la isla, sobresaliendo perversamente con una pequeña extensión de playa entre ella y su acantilado madre. La grieta del acantilado enmarcaba una rodaja azul de cielo y mar picada.

—Anoche tuvimos una generosa porción de viento y espuma, señor. Algunos dicen que el mejor lugar para pasear por la Playa del Tesoro son esas dunas de hierba de ahí arriba... dicen que cuando se desata la tormenta, las olas arrojan cosas aquí, objetos frágiles que cualquiera esperaría que se hicieran añicos contra las rocas y demás, pero que recalán entre esas juncias de ahí, con toda la delicadeza del mundo. —Gankis jadeó las palabras mientras trotaba pisando los talones de Kennit. Tenía que alargar la zancada para mantener el paso del alto pirata—. Un tío mío... o sea, en realidad estaba casado con mi tía, la hermana de mi madre... decía saber de un hombre que había encontrado una cajita de madera ahí arriba, negra, reluciente y toda pintada con flores. Dentro había una pequeña estatua de cristal de una mujer con alas de mariposa. Pero no de cristal transparente, no, los colores de las alas estaban inscritos directamente en el cristal, sí señor.

Gankis interrumpió su relato y medio agachó la cabeza mientras observaba cautamente a su capitán.

—¿Le gustaría saber lo que dijeron los Otros que significaba? —inquirió con cuidado.

Kennit se detuvo para escarbar con la punta de la bota en un pliegue de la arena mojada. Se vio recompensado por un destello dorado. Se agachó con indiferencia para enganchar con el dedo una fina cadena de oro. Cuando la levantó, un relicario salió con un chasquido de su tumba de arena. Lo limpió en sus elegantes pantalones de lino y accionó hábilmente el cierre diminuto. Las dos mitades de oro se abrieron de golpe. El agua salada se había colado por los filos del relicario, pero aún así le sonrió el retrato de una mujer joven, con la mirada a un tiempo jovial y tímidamente reprobatoria. Kennit se limitó a gruñir ante su hallazgo, y se lo guardó en el bolsillo de su chaleco con brocados.

—Capitán, ya sabe usted que no permitirán que se quede con eso. Nadie se queda con nada de lo que encuentre en la Playa del Tesoro —señaló tentativamente Gankis.

—¿No? —respondió Kennit. Imprimió una nota de humorismo a su voz, para ver cómo se preguntaba Gankis si se trataba de una burla o de una amenaza.

Gankis cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, subrepticamente, hasta dejar su rostro lejos del alcance del puño de su capitán.

—Eso dicen, señor —replicó con vacilación— Que nadie se lleva a casa lo que encuentra en la Playa del Tesoro. Sé de buena tinta que el amigo de mi tío no lo hizo. Cuando el Otro vio lo que había encontrado y leyó su futuro en ello, siguió al Otro por la playa hasta este acantilado de rocas. Ese, seguramente. —Gankis levantó un brazo para señalar los lejanos acantilados de esquisto—. Y en su fachada había miles de agujeritos, pequeños o como se diga...

—Nichos —concluyó Kennit con voz casi somnolienta—. Se dice nichos, Gankis. Como bien sabrías si hablaras tu lengua materna.

—Sí señor. Nichos. Y en cada uno de ellos había un tesoro, menos en los que estaban vacíos. Y el Otro dejó que pasara junto a la pared del acantilado y admirara todos los tesoros, y había cosas allí como jamás había imaginado. Tazas de porcelana como botones de rosa y copas de vino doradas con el borde de joyas y juguetitos de madera de brillantes colores, y cien cosas como no se puede usted imaginar, una por nicho. Señor. Y luego encontró un nicho del tamaño y la forma adecuados y dejó dentro a la mujer mariposa. A mi tío le contó que nunca nada le había parecido tan adecuado como soltar ese pequeño tesoro en aquel hueco. Y después lo dejó allí, y se fue de la isla y volvió a casa.

Kennit carraspeó. El solitario sonido transmitía más desprecio y desdén del que muchas personas hubieran podido imprimir a toda una sarta de insultos. Gankis apartó y bajó la mirada.

—Lo dijo él, señor, no yo. —Tiró de la cintura de sus pantalones raídos. Casi a regañadientes, añadió—: Ese hombre vive un poco en las nubes. Dona una séptima parte de todo lo que tiene al templo de Sa, incluidos sus dos hijos mayores. Las personas así no piensan igual que nosotros, señor.

—Si es que piensas, Gankis —concluyó el capitán por él. Levantó los ojos claros para escudriñar a lo lejos la línea de la marea, entornándolos ligeramente ante el sol de la mañana que destellaba en las olas— Acércate a esos acantilados de juncias, Gankis, y date una vuelta por ellos. Tráeme todo lo que encuentres.

—A sus órdenes. —El pirata más veterano de los dos se alejó penosamente. No echó ni un solo vistazo de resentimiento a su joven capitán. A continuación, resquiló con agilidad por el pequeño terraplén hasta la tupida meseta que daba a la playa. Empezó a caminar en paralelo, rastreando la orilla con la mirada. Casi de inmediato, divisó algo. Corrió hacia ello y levantó un objeto que centelleó al sol de la mañana. Lo elevó a la luz y lo contempló, con el semblante radiante de emoción—. ¡Señor, señor, vea lo que he encontrado!

—Lo vería si me lo trajeras como te he ordenado —observó Kennit con irritación.

Como un perro amonestado, Gankis volvió al lado del capitán. Sus ojos castaños brillaban con una chispa juvenil, y se aferraba al tesoro con las dos manos mientras libraba de un salto la caída tan alta como una persona que lo separaba de la playa. Sus zapatos bajos levantaron la arena al correr. Un breve fruncimiento arrugó el entrecejo de Kennit mientras veía cómo se acercaba

Gankis a él. Aunque el viejo marinero era propenso a las adulaciones, no se sentiría más inclinado a compartir el botín que cualquier otro hombre de su profesión. Kennit no esperaba realmente que Gankis le entregara voluntariamente nada de lo que encontrara entre la hierba; había anticipado, de hecho, el momento en que despojaría al hombre de su tesoro al final del paseo. El ver a Gankis corriendo hacia él, tan radiante como un zoquete del campo que trae ramilletes de flores a su lechera, era indudablemente preocupante.

No obstante, Kennit mantuvo su acostumbrada sonrisa sarcástica sin permitir que su rostro traicionara sus pensamientos. Era una postura cuidadosamente ensayada que sugería la gracia lánguida de un gato al acecho. No era solo que su mayor altura le permitiera mirar al marinero desde arriba. Al capturar su cara en una pose de humorismo, indicaba a sus seguidores que eran incapaces de sorprenderlo. Deseaba que su tripulación creyera que podía anticipar no solo cada uno de sus movimientos, sino también todo lo que se les pasara por la cabeza. La tripulación que creyera eso de su capitán estaría menos predispuesta a amotinarse; y si terminaba amotinándose, nadie querría dar el primer paso.

De modo que mantuvo su pose mientras el hombre corría por la arena hacia él. Es más, no se apresuró a arrebatarle el tesoro, sino que consintió que Gankis se lo mostrara mientras lo observaba con mirada risueña.

Desde el instante en que lo vio, Kennit tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre él. Nunca había visto una bagatela tan ingeniosamente forjada. Era una bola de cristal, una esfera absolutamente perfecta. Ni un solo arañazo empañaba su superficie. El cristal en sí lucía una débil pátina azul, pero el tinte no oscurecía el prodigio que contenía. Tres figuritas diminutas, ataviadas con botargas y con la cara pintada, estaban pegadas a un pequeño escenario y ligadas de algún modo entre sí, de suerte que cuando Gankis movía la bola, esta les hacía emprender una serie de acciones. Una daba vueltas de puntillas, mientras la siguiente ejecutaba una serie de saltos sobre una barra. La tercera movía la cabeza al compás de sus acciones, como si las tres oyeran y respondieran a una alegre tonada atrapada dentro de la esfera con ellas.

Kennit dejó que Gankis repitiera la exhibición en dos ocasiones. Luego, sin pronunciar palabra, extendió graciosamente hacia él una mano de largos dedos, y el marinero depositó el tesoro en su palma. Kennit retuvo con firmeza su sonrisa divertida mientras levantaba la bola a la luz del sol y hacía que los acróbatas bailaran para él. La bola no llegaba a llenarle la mano.

—El juguete de un niño —dedujo con altanería.

—Si ese niño fuera el príncipe más rico del mundo —se atrevió a comentar Gankis—. Es un objeto demasiado frágil como para dárselo a un niño para que juegue, señor. Con que se le cayera una sola vez...

—Pero al parecer ha sobrevivido a las embestidas del oleaje de una tormenta, hasta llegar a la playa —señaló Kennit con calculado tono amistoso.

—Cierto es, señor, cierto es, pero no hay que olvidar que esta es la Playa del Tesoro. Casi todo lo que acaba aquí llega entero, por lo que tengo entendido. Forma parte de la magia de este sitio.

—Magia. —Kennit se permitió una sonrisa ligeramente más amplia mientras guardaba el orbe en el espacioso bolsillo de su chaqueta de color índigo—. De modo que crees que es la magia lo que atrae tantas baratijas a esta orilla, ¿no es así?

—¿Qué si no, capitán? Lo suyo es que eso hubiera quedado hecho añicos, o señalado al menos por las arenas. Pero por su aspecto se diría que acaba de salir de la tienda de un joyero.

Kennit meneó tristemente la cabeza.

—¿Magia? No, Gankis, no hay en esto más magia que en las aguas revueltas de los Bajíos de Orte, o en la Corriente de las Especias que impulsa a los barcos en sus viajes a las islas y se mofa de ellos durante todo el camino de vuelta. No es más que un truco del viento, la corriente y las mareas. Solo eso. El mismo truco que promete que cualquier nave que intente anclar frente a esta cara de la isla se encontrará varada y destrozada antes de que cambie la marea.

—Sí señor —convino Gankis, sumiso, aunque sin convicción. Sus ojos traidores se dirigieron al bolsillo donde el capitán Kennit había guardado la bola de cristal. La sonrisa de Kennit podría haberse ensanchado una fracción.

—¿Y bien? No te quedes ahí plantado. Vuelve allí arriba y rastrea el terraplén, a ver qué encuentras.

—Sí señor —concedió Gankis, y con un último vistazo de arrepentimiento al bolsillo, el mayor de los dos hombres dio media vuelta y regresó corriendo a la loma. Kennit introdujo una mano en el bolsillo y acarició el suave y frío cristal. Reanudó su paseo por la playa. Sobre su cabeza las gaviotas siguieron su ejemplo, surcando lentamente los vientos mientras rastreaban las olas que se retiraban en busca de algún bocado. No se apresuró, pero tenía en mente que al otro lado de la isla su barco lo esperaba en aguas traicioneras. Recorrería la playa en toda su longitud, como exigía la tradición, pero no tenía intención de demorarse tras haber escuchado el presagio del Otro. Tampoco tenía ninguna intención de dejar atrás los tesoros que encontrara. Una franca sonrisa tironeó de las comisuras de sus labios.

Mientras caminaba, sacó la mano del bolsillo y se tocó la otra muñeca con gesto ausente. Oculta por el puño con encajes de su camisa de seda blanca había una fina doble cinta de cuero negro. Sujetaba firmemente a su muñeca una pequeña bagatela de madera. El adorno era una cara tallada, agujereada en la frente y la barbilla para que el rostro se pegara con fuerza a su muñeca, justo encima del punto donde latía su pulso. En su día, la cara había estado pintada de negro, pero casi todo el color se había borrado ya. Los rasgos sobresalían visiblemente todavía; una diminuta cara burlona, trabajada con sumo cuidado. La faz era gemela de la suya. El encargo le había costado una insólita cantidad de monedas. No todo el mundo que sabía tallar el tronconjuro lo hacía, aunque tuviera las agallas de robar una pieza.

Kennit recordaba bien al artesano que había confeccionado la diminuta cara para él. Había permanecido sentado durante largas horas en el estudio del hombre, bañado en la fría luz de la mañana mientras el artista trabajaba

infatigablemente la madera dura como el hierro para reflejar los rasgos de Kennit. No habían hablado. El artista no podía. El pirata no quería. El tallador había necesitado silencio absoluto para concentrarse, pues trabajaba no solo con la madera sino con un hechizo que obligaría al amuleto a proteger a su portador de cualquier encantamiento. Kennit, en cualquier caso, no había tenido nada que decir. El pirata le había pagado una suma exorbitante meses atrás, y esperó hasta que el artista le hubo enviado un mensajero para informar de que había conseguido un poco de la preciada y celosamente guardada madera. Kennit se había sentido ultrajado cuando el artista exigió aún más dinero antes de comenzar la talla y la incrustación del hechizo, pero se había limitado a esbozar su sonrisilla sarcástica y depositar monedas, joyas y eslabones de plata y oro en la balanza del artista hasta que el hombre asintió y dio por pagados sus honorarios. Como tantos otros hombres implicados en los negocios ilícitos del Mitonar, hacía tiempo que había sacrificado la lengua para garantizar la intimidad de sus clientes. Si bien Kennit no estaba convencido de la eficacia de dicha mutilación, apreciaba el sentimiento implícito. De modo que cuando el artista hubo terminado y sujetado personalmente el adorno a la muñeca de Kennit, el hombre solo había podido cabecear con vehemencia para expresar su extrema satisfacción con su propia habilidad mientras acariciaba la madera con sus ávidos dedos.

A continuación, Kennit lo había matado. Era lo más sensato que podía hacer, y Kennit era una persona eminentemente sensata. Había recuperado la paga extra solicitada por el hombre. Kennit no condonaba a quienes eran incapaces de respetar un acuerdo inicial. Pero no era ese el motivo por el que había acabado con él. Lo había matado para guardar el secreto. Si los hombres se enteraban de que el capitán Kennit llevaba un amuleto para protegerse de los encantamientos, en fin, pensarían que los temía. No podía permitir que su tripulación creyera que tenía miedo de nada. Su buena suerte era legendaria. Todos los que lo seguían creían en ella, la mayoría con más fervor que el propio Kennit. Por ese motivo lo seguían. No debía pasárseles siquiera por la cabeza que tuviera miedo de nada que pudiera hacer que esa suerte se tambaleara.

En el año transcurrido desde que matara al artista, se había preguntado si asesinarlo habría dañado de algún modo el amuleto, puesto que este no se había avivado. Al preguntar por primera vez al tallador cuánto tardaría el rostro en cobrar vida, el hombre se había encogido de hombros elocuentemente, e indicado con grandes aspavientos que ni él ni nadie podía predecir semejante cosa. Durante un año había aguardado Kennit a que se avivara el amuleto, para asegurarse de que su hechizo estaba plenamente activado. Pero había llegado un momento en que ya no podía seguir esperando. Supo, de forma instintiva, que había llegado el momento de visitar la Playa del Tesoro y ver qué fortuna dejaba el océano en la arena para él. No podía seguir esperando a que despertara el amuleto; había decidido correr el riesgo. Tendría que confiar una vez más en la protección de su buena suerte, como siempre había hecho. Lo había protegido el día en que tuvo que matar al artista, ¿no era así? El hombre se había girado

inesperadamente, justo a tiempo de ver cómo desenvainaba Kennit su hoja. Kennit estaba convencido de que si el hombre hubiera tenido una lengua en la boca, su grito habría sido mucho más fuerte.

Con firmeza, Kennit apartó al artista de su mente. No era este el momento de pensar en él. No había venido a la Playa del Tesoro para darle vueltas al pasado, sino para encontrar tesoros con los que garantizar su futuro. Clavó los ojos en la ondulante línea de la marea alta y la siguió por la playa. Hizo caso omiso de los brillantes caparazones, las pinzas de cangrejo y los ovillos de algas arrancadas de raíz, y de los maderos grandes y pequeños. Sus pálidos ojos azules buscaban únicamente restos de naufragios. No hubo de caminar mucho para obtener su recompensa. En un pequeño y maltrecho cofre de madera, encontró un juego de tazas de té. No pensaba que las hubieran hecho ni utilizado los hombres. Había doce de ellas y estaban trabajadas en los extremos vaciados de huesos de aves. Se habían pintado en ellas diminutas imágenes azules de líneas tan finas que parecía que el pincel hubiera tenido un solo pelo. Las tazas se veían muy usadas. Las imágenes azules estaban borradas y resultaba imposible reconocer su forma original, y las labradas asas de hueso estaban desgastadas por el uso. Se puso el cofre bajo el codo y siguió caminando.

Avivó la zancada bajo el sol y contra el viento, dejando limpias marcas con sus finas botas en la arena mojada. En ocasiones levantaba la mirada, con aire despreocupado, para escudriñar la playa entera. No dejó que sus expectativas se reflejaran en su semblante. Cuando volvió a fijarse en la arena, descubrió una diminuta caja de cedro. El agua salada había deformado la madera. Para abrirla hubo de golpearla contra una roca como si fuera una nuez. Había uñas en su interior, hechas de madreperla. Unas ventosas minúsculas las sujetarían a la superficie de una uña ordinaria, y en la punta de cada una de ellas había una diminuta oquedad, tal vez para guardar veneno. Había doce de ellas. Kennit se las guardó en el otro bolsillo. Cascabeleaban al andar.

No lo turbaba el hecho de que lo que había encontrado no era evidentemente de manufactura humana ni estaba diseñado para su empleo por parte de seres humanos. Aunque antes se había reído de la creencia de Gankis en la magia de la playa, todos sabían que las olas que acariciaban estas orillas rocosas pertenecían a más de un océano. Era probable que aquellos barcos lo bastante temerarios como para anclar frente a esta isla durante una tormenta desaparecieran sin dejar rastro, ni una sola astilla de sus palos. Los viejos marineros decían que habían sido barridos de este mundo y enviados a los mares de otro. Kennit no lo ponía en duda. Miró el cielo de soslayo, pero seguía viéndose azul y despejado. El viento era fuerte, pero confiaba en que el tiempo aguantara hasta que hubiera podido recorrer la Playa del Tesoro entera antes de cruzar la isla hasta donde esperaba anclada su nave, en la Ensenada del Engaño. Tenía fe en su buena estrella.

Su hallazgo más perturbador se produjo a continuación. Era una bolsa hecha de cuero rojo y azul con costuras, medio enterrada en la arena mojada. El cuero era resistente, la bolsa era resistente. El agua salada la había empapado y

ensuciado, destiñendo y fundiendo los colores. El salitre había invadido las trabillas de bronce que la aseguraban y endurecido las correas de cuero que las atravesaban. Empleó su cuchillo para deshacer una costura. Dentro había una camada de gatitos, perfectamente formados con largas zarpas y parches iridiscentes detrás de las orejas. Estaban muertos, los seis. Combatiendo la repugnancia, cogió el más pequeño. Dio la vuelta al cuerpo inerte en sus manos. Tenía el pelaje azul, un oscuro azul vincapervinca con rosa en los párpados. Era muy pequeño. El rojo, lo más probable. Era húmedo y frío al tacto, repulsivo. Un pendiente de rubí como una gorda garrapata decoraba una de las empapadas orejas. Sintió deseos de soltarlo sin más. Ridículo. Cogió el pendiente y se lo guardó en el bolsillo. Luego, llevado por un impulso que no comprendía, devolvió los cuerpecitos azules a la bolsa y dejó esta junto a la línea de la marea alta. Kennit siguió caminando.

El asombro corría por sus venas mezclado con la sangre. Árbol. Corteza y savia, la fragancia de la madera y las hojas que aleteaban en lo alto. Árbol. Pero también la tierra y el agua, el aire y la luz, todo fluía a través del ente llamado árbol. Él se movía con ellos, entrando y saliendo de una existencia de corteza y hoja y raíz, de aire y de agua.

—Wintrow.

El muchacho levantó despacio la mirada del árbol que tenía ante sí. Con un esfuerzo de voluntad, fijó los ojos en el risueño semblante del joven sacerdote. Berandol asintió, incitante. Wintrow cerró los ojos por un instante, contuvo el aliento y se liberó de su tarea. Cuando abrió los ojos, inspiró una honda bocanada, como si acabara de emerger de aguas profundas. La luz moteada, el agua dulce, la suave brisa, todo se desvaneció de repente. Estaba en el taller del monasterio, una fría estancia de suelo y paredes de piedra. Sus pies descalzos se helaban sobre el piso. Había otra decena de mesas de bloque en la gran cámara. En tres de ellas, otros tantos muchachos como él trabajaban lentamente, con sus movimientos de ensueño indicando el trance en que estaban sumidos. Uno de ellos tejía una cesta y los otros dos moldeaban arcilla con manos mojadas y grises.

Contempló los trozos de reluciente cristal y se acercó a la mesa que había frente a él. La belleza de la imagen de cristal tintado que había moldeado lo asombró incluso a él, aunque seguía sin aproximarse al prodigio que había sido el árbol. La tocó con los dedos, siguiendo la línea del tronco y las gráciles ramas. Acariciar la imagen era como tocar su propio cuerpo; así de bien la conocía. Oyó a su espalda la suave inspiración de Berandol. En su estado de consciencia aún aumentada, pudo sentir cómo fluía la adoración del sacerdote con la suya propia, y por un momento se quedaron inmóviles, solazándose juntos en la gloria de Sa.

—Wintrow —repitió suavemente el sacerdote. Alargó un brazo y trazó con un dedo el perfil del diminuto dragón que asomaba entre las ramas más altas del árbol, para luego tocar la rutilante curva de un cuerpo serpentino, casi escondido entre las retorcidas raíces. Puso una mano en los hombros del muchacho y lo

apartó delicadamente de su banco de trabajo. Mientras lo sacaba del taller, lo amonestó con dulzura— Eres demasiado joven para pasarte toda la mañana inmerso en ese estado. Tienes que aprender a dosificarte.

Wintrow levantó las manos para frotarse los ojos, legañosos de pronto.

—¿Llevo aquí toda la mañana? —preguntó con aturdimiento—. No me lo parecía, Berandol.

—Seguro que no. Pero también estoy seguro de que la fatiga que ahora te invade te convencerá de ello. Uno ha de tener cuidado, Wintrow. Mañana, pídele a un cuidador que te despierte a media mañana. Un talento como el que tú posees es demasiado valioso para dejar que lo consumas.

—Ahora sí que estoy dolorido —concedió Wintrow. Se pasó la mano por la frente, apartándose el fino cabello negro de los ojos, y sonrió—. Pero el árbol merecía la pena, Berandol.

Este asintió lentamente.

—En más de un sentido. La venta de semejante ventana nos reportará monedas suficientes para arreglar el techo del salón de los novicios. Si es que la Madre Dellity consiente que el monasterio se desprenda de algo tan prodigioso. —Vaciló un momento, antes de añadir—: Veo que han vuelto a aparecer. El dragón y la serpiente. ¿Sigues sin tener ni idea...? —dejó que su pregunta quedara inacabada.

—Ni siquiera recuerdo haberlos puesto ahí —dijo Wintrow.

—Bueno. —No había ni rastro de juicio en la voz de Berandol. Tan solo paciencia.

Caminaron un momento en amigable silencio por los fríos pasillos de piedra del monasterio. Los sentidos de Wintrow perdieron poco a poco su agudeza y se redujeron a un nivel normal. Ya no podía paladear los aromas de las sales atrapadas en las paredes de piedra, ni oír el inapreciable asentamiento de los antiguos bloques de piedra. La basta tela marrón de sus hábitos de novicio se hizo soportable sobre su piel. Cuando llegaron a la gran puerta de madera y salieron a los jardines del monasterio, estaba de nuevo a salvo en su cuerpo. Se sentía embotado, como si acabara de despertar de un largo sueño, pero tan anquilosado como si llevara todo el día sacando patatas. Caminaba en silencio junto a Berandol, como dictaba la costumbre del monasterio. Se cruzaron con otras personas, algunos hombres y mujeres vestidos con la túnica verde del sacerdocio y otros con el blanco de los acólitos. Los saludos consistían en mudos gestos con la cabeza.

Cuando se acercaban al cobertizo de las herramientas, tuvo la súbita y perturbadora certeza de que ese era su destino y que pasaría el resto de la tarde trabajando en el soleado jardín. En cualquier otro momento, podría haber sido una perspectiva agradable, pero sus recientes esfuerzos en el umbroso taller le habían dejado los ojos sensibles a la luz. Berandol volvió la vista atrás cuando perdió el paso.

—Wintrow —lo amonestó suavemente—. Niega la ansiedad. Cuando adoptas la preocupación por lo que vendrá, rechazas el disfrute del momento presente. Aquel que se preocupa por lo que sucederá a continuación pierde este

instante en favor del siguiente, y el siguiente lo envenena con sus prejuicios. — La voz de Berandol adoptó un tinte de dureza—. Te complaces en el prejuicio demasiado a menudo. Si te niegan el sacerdocio, lo más probable es que se deba a esto.

Los ojos de Wintrow saltaron sobre Berandol, horrorizados. Una pronunciada desolación se adueñó de su rostro por un momento. Entonces vio la trampa. Sus labios formaron una sonrisa, a la que Berandol respondió cuando dijo el muchacho:

—Pero si me preocupo por eso, estaré prejuzgando mi fracaso.

Berandol dio al esbelto joven un empujón de complicidad en el codo.

—Exacto. Ah, creces y aprendes tan deprisa... Yo era mucho mayor que tú, veinte años al menos, cuando aprendí a aplicar esa Contradicción a la vida diaria.

Wintrow se encogió de hombros con timidez.

—Anoche estaba meditando sobre ello antes de dormir. «Uno debe planear el futuro y anticipar el futuro sin temer el futuro». La Vigésima Séptima Contradicción de Sa.

—Con treinta años se es muy joven para haber alcanzado la Vigésima Séptima Contradicción —observó Berandol.

—¿Tú con cuál estás ahora? —preguntó sin rodeos Wintrow.

—La Trigésima Tercera. La misma con la que ya llevo dos años.

Wintrow ensayó un discreto encogimiento de hombros.

—Mis estudios todavía no llegan tan lejos. —Caminaban a la sombra de los manzanos, bajo las hojas que pendían lánguidas al calor de la jornada. La fruta madura plomaba las ramas. En la otra punta del huerto, los acólitos se movían en pautas entre los árboles, cargando con cubos de agua del arroyo.

—«Un sacerdote no debería atreverse a juzgar a menos que pueda juzgar como lo hace Sa; con justicia absoluta y absoluta misericordia». —Berandol meneó la cabeza—. Lo confieso, no entiendo cómo es posible tal cosa.

Los ojos del muchacho ya estaban vueltos hacia dentro, con solo una sutil línea en su frente.

—Mientras creas que es imposible, estarás cerrando tu mente a su comprensión. —Su voz parecía provenir de muy lejos—. A menos, claro está, que sea eso lo que debemos descubrir. Que como sacerdotes no podemos juzgar, pues carecemos de la misericordia y la justicia absolutas para hacerlo. Puede que no se espere de nosotros más que perdón y consuelo.

Berandol sacudió la cabeza.

—En cuestión de meros instantes, has cortado el nudo tanto como yo en seis meses. Pero luego miro a mi alrededor y veo muchos sacerdotes que juzgan. Los Vagabundos de nuestra orden hacen poco más que dirimir disputas entre la gente. Así que deben de haber dominado de algún modo la Trigésima Tercera Contradicción.

El muchacho lo miró con curiosidad. Abrió la boca para hablar, se sonrojó y la cerró de nuevo.

Berandol contempló a su pupilo.